

XXXII Domingo T.O. – A

12/ XI /2017

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

Toda la homilía está hecha salvo detalles, sobre unas palabras de Benedicto XVI, en el ángelus del 6 de noviembre del 2011. https://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/es/angelus/2011/documents/hf_ben-xvi_ang_20111106.html

Desde el 1 y el 2 de noviembre, la liturgia, también la de hoy, nos enfrenta con el misterio de la vida y de la muerte, nos prepara para la vida eterna.

En la primera lectura se habla de la sabiduría. Al hablar de sabiduría no nos referimos a un conocimiento específico sobre un tema concreto y parcial de nuestra vida, sino sobre el misterio de la vida. La sabiduría es aquello que nos permite desentrañar el significado de nuestra vida y nos permite encauzarla para que sea una vida realmente humana, digna, dichosa.

Desde siempre el hombre ha entendido que la respuesta a la vida tenía que contar con la muerte. No puede vivir como si ella no existiese. También ha entendido el hombre de todos los tiempos que este misterio de la vida y la muerte tenía que ver con Dios. Pero aunque esta intuición es clara, el hombre no es capaz por sí solo de desentrañar el misterio, de andar el camino de la vida y de enfrentarse a la muerte sino como adentrándose en una terrible oscuridad.

La primera lectura dice que la sabiduría está en el Creador de todo, en Dios, no en el hombre. Aunque entiende que Dios está dispuesto a dar esta sabiduría suya al hombre que la busca con sinceridad, la da a quien la ama. Por encauza el corazón hacia Dios: «Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío». Insistiremos en esto: el amor es la clave para conquistar la sabiduría, en el fondo porque la sabiduría no es una fórmula matemática, sino alguien.

La epístola de san Pablo marca una diferencia tajante entre creyentes y no creyentes, entre los que creen en Cristo y los que no creen en Cristo: unos esperan, otros no; los creyentes tienen esperanza, los no creyentes no la tienen.

Los hombres que no han recibido la luz del Evangelio se afligen sin esperanza, dice san Pablo. En otra carta dirá que antes de la venida de Cristo «los hombres estaban sin Dios y sin esperanza en el mundo» (Ef 2,12) Ya hemos dicho que el hombre no puede por sí mismo arrojar luz sobre la muerte. Una antigua inscripción decía: «Pronto volvemos a caer de la nada a la nada» (***In nihil ab nihilo quam cito recidimus***).

Los cristianos, por el contrario, hemos recibido a Cristo, Dios con nosotros, que nos amó hasta la cruz sufriendo la muerte y que como hombre verdadero resucitó para la vida eterna, para la vida de Dios. Hemos recibido a Cristo y hemos sido unidos, asociados a su muerte y resurrección. Él nos ha asociado a su suerte, a su destino, a su victoria... Esta es la luz que nos ha dado Dios y que nos hace esperar: esperamos participar de la victoria de Cristo, deseamos alcanzarle a él, ansiamos la vida de Dios.

Cristo, ha desvelado el misterio, el significado de la vida; y, muriendo por amor y resucitando, ha llenado la muerte de luz. Por eso Cristo es la Sabiduría de Dios. Encontrarle a él y aferrarse a él es lo más sabio, porque con él el hombre ve en medio de la oscuridad, puede recorrer la vida sabiendo dónde va y atravesar la muerte con luz. Nosotros somos cristianos, hemos recibido esta luz viva, pero si apartamos a Cristo, volvemos a caer en el vacío de la oscuridad.

El Evangelio de hoy es una célebre parábola, que habla de diez muchachas invitadas a una fiesta de bodas, símbolo del Reino de los cielos, de la vida eterna.

Es una imagen feliz: la vida eterna es descrita como un banquete de bodas. El misterio del hombre se desvela en un encuentro amoroso y definitivo con Dios.

Pero, aunque la imagen del Reino de los Cielos es una imagen feliz, Jesús enseña una verdad que llama nuestra atención y nos deja pensativos. De aquellas diez muchachas, cinco entran en la fiesta, porque, a la llegada del esposo, tienen aceite para encender sus lámparas; mientras que las otras cinco se quedan fuera, porque, necias, no han llevado aceite.

¿Qué representa este «aceite», indispensable para ser admitidos al banquete nupcial? San Agustín y otros autores antiguos leen en él un símbolo del amor, que no se puede comprar, sino que se recibe como don, se conserva en lo más íntimo y se practica en las obras, en las obras de misericordia. Aprovechar la vida mortal para realizar obras de misericordia es verdadera sabiduría, porque, después de la muerte, eso ya no será posible. Cuando nos despierten para el juicio final, este se realizará según el amor practicado en la vida terrena (cf. **Mt** 25, 31-46). Lo veremos dentro de dos domingos.

Este amor es don de Cristo, derramado en nosotros por el Espíritu Santo. Quien cree en Dios-Amor lleva en sí una esperanza invencible, como una lámpara para atravesar la noche más allá de la muerte, y llegar a la gran fiesta de la vida.

Debemos buscar este amor en Cristo. Solo amando es posible apropiarse del amor. No es difícil amar a quien tanto nos ama. Amemos a Cristo y siempre tendremos aceite. Alimentemos este amor en la oración y en la liturgia, hagámoslo fuerte con el ejercicio de las obras de misericordia. Aunque las horas de la noche y de la incertidumbre puedan ser largas, aunque tengamos muchas cosas a las que prestar atención en la vida, si amamos a Cristo, tendremos siempre el aceite a punto. «**Aunque dormía, mi corazón velaba**» (Ct 5,2), dice el Cantar de los cantares. Aunque tengamos muchas cosas a las que hacer frente en la vida, preocupémonos de lo realmente importante, de esta sabiduría escondida en Cristo. Amemos a Cristo.

Aprendamos este amor de María, Sede de la Sabiduría, el amor por su Hijo. Que ella nos enseñe a mirarlo, a guardar sus palabras, a caminar con él en la vida, a morir con él. «Aprendamos de ella a vivir y morir en la esperanza que no defrauda».

Alabado sea Jesucristo

Siempre sea alabado

P. Enrique Santayana C.O.